

SAURA EN LA CASA DE VELAZQUEZ

Se mete uno por la calle Morería, enlosada y antigua. Doblando a la izquierda, se llega a la del Padre Luis María Llop, antes calle de las Gorgojas. En el número 4, en la fachada recién pintada de ocre, una indicación: «Casa natal de Velázquez».

Aquí había no hace mucho una colmena ruinoso. Multiplicados los tabiques, vivían numerosas familias, olvidado el interés histórico del lugar. Hasta que un grupo de sevillanos formaron la sociedad que ahora ha conseguido rescatarlo. El objetivo era crear un Centro de Arte, con exposiciones permanentes, no limitado ni por el escueto mercantilismo de las Galerías ni por el academicismo burocrático de los Museos. Pensaron, primero, en la Casa del Artista, otro histórico lugar sevillano, hoy desvirtuado y sometido a necesidades de inquilinos. Ante la dificultad de entenderse con ellos, la operación se encaminó al rescate de la casa donde nació Velázquez. Entró la piqueta y lo que era conglomerado de chapuzas de albañilería se transformó en una sencilla pero espaciosa casa, expresión de la mejor arquitectura popular sevillana. Se conservaron los muros maestros, se recobraron los patios, se trajeron las puertas y rejas que correspondían al estilo de la casa, se pintaron de blanco paredes y artonados... El ocre, el viejo ocre sevillano —que alterna con el blanco en las casas solariegas de la Ciudad— se dejó para la fachada, sin sospechar que algunos que nada hicieron por salvar el edificio de la ruina iban a salir ahora con escrúpulos simplemente decorativos contra ese color. Una serie de focos completaron la adecuación, nada abigarrada, del espacio a su destino.

Se consideraron las distintas exposiciones posibles. Había que empezar con una exposición extensa, antológica, de prestigio y de alguna significación concreta. Se llegó a un acuerdo con Antonio Saura. Con su exposición —alrededor de las 150 obras— ha nacido la Casa de Velázquez —Centro de Arte M-11— para la vida de la pintura española.

Más de mil personas en los cuatro primeros días, pese a la parquedad publicitaria de los responsables del Centro y al silencio de las autoridades locales.

Kico Rivas, uno de los asesores de la dirección artística, me subraya el propósito de aglutinar una serie de actividades en el Centro. En el piso alto, me enseña una especie de granero, que será biblioteca y taller. Hace falta informar sobre los pasos, audaces e inesperados pasos muchas veces, de la historia de las artes plásticas. Traer libros y revistas. Demostrar que las viejas divisio-



La primera exposición de Antonio Saura en la Casa de Velázquez, de Sevilla, comprende 44 obras originales y 100 realizaciones gráficas. Es decir, prácticamente toda su obra fundamental.

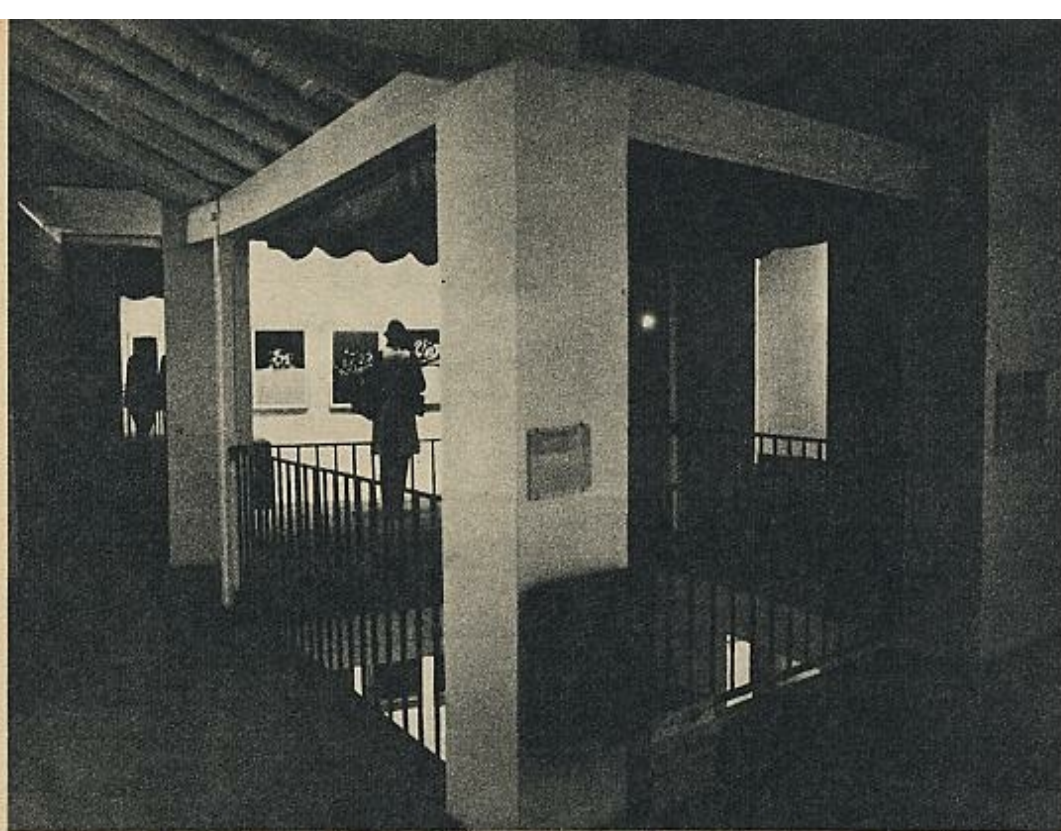
nes de las artes están en crisis, que los lenguajes se mezclan y superponen, sin que, a menudo, haya más señal para calificar una obra de arte que el tipo de canal que la muestra y distribuye. Me habla Rivas del diálogo de los alumnos de la Escuela de Bellas Artes con Antonio Saura, como si eso de que quienes quieren ser pintores charlaran con quienes reconocidamente ya lo son fuese una cosa extraordinaria. Se respira en seguida lo que este Centro puede ser. Los «actos artísticos» que caben en su espacio, paralelamente a la tradicional exposición.

Otras manifestaciones andan hoy en el arte sevillano bastante mejor que la pintura, pero el paso dado en la antigua calle de las Gorgojas es importante y puede conquistar a muchos que no son «especialistas» y no acuden a las Galerías. Traer aquí exposiciones antológicas, seleccionadas con criterios actuales y no crípticos,

puede acercar a las artes plásticas a muchos que andan peleando en otros campos de la creación y la cultura. La presencia de una serie de manifestaciones que excedan el concepto tradicional del cuadro servirá, sin duda, para que ese interés por las artes plásticas aumente. El desafío está en hacer del Centro de Arte M-11, de la casa natal de Velázquez, un lugar vivo, en conexión comprometida, y no simplemente culturalista, con la Ciudad. En lugar incluso polémico, si viene al caso; aceptando los términos comerciales que proceden del hecho de vender obras de arte, pero sin hacer concesiones a ese capítulo. La Casa de Velázquez dispone de unos márgenes de cobertura económica y de una libertad para vivir que no se dan ni en las estrechas necesidades de las Galerías ni en el régimen burocrático y arqueológico de la inmensa mayoría de los Museos.

La primera exposición de Saura comprende 44 obras originales y 100 realizaciones gráficas. Es decir, prácticamente toda su obra fundamental. Las serigrafías se venden a unas 12.000 pesetas; los originales, alrededor de las 200.000.

De la presencia de las significativas imágenes españolas de Saura quedará en Sevilla larga memoria. No importa que muchos de los trabajos del pintor fueran ampliamente conocidos a través de las reproducciones en libros y revistas. El hecho de que esa galería crítica de personajes y pesadillas de la vida española se haya asomado masivamente desde la Casa de Velázquez ha despertado una atención que, por lo demás, coloca al Centro de Arte M-11, desde su mismo nacimiento, en una situación especial. Aquí la curiosidad desborda cualquier estimación virtuosista para afrontar un pensamiento crítico formulado a



Saura: «La Casa de Velázquez debe cumplir una función ambivalente. Debe presentar exposiciones importantes, sean o no antológicas, que respondan a una idea precisa, y debe, paralelamente, organizar un Centro de Investigación y Documentación sobre arte contemporáneo...».



través de la creación y la emoción plásticas. El espléndido documento, con la reproducción de toda la obra expuesta, con esclarecedores comentarios del propio Saura y un trabajo prologal de Juan Manuel Bonet —la maqueta del libro, de Alberto Corazón, es una expresión artística en este campo— es también una muestra de la voluntad de supervivencia y proyección que el Centro quiere dar a su trabajo.

A Saura le hemos pedido algunas opiniones sobre el Centro. Nos dice:

—La Casa de Velázquez debe cumplir una función ambivalente. Es decir, presentar exposiciones importantes, sostenidas durante un tiempo bastante más largo que el habitual en las Galerías. Estas exposiciones, sean o no antológicas, deben responder a una idea precisa, elaborada, y han de ir acompañadas de un buen documento. Al fin y al cabo, las exposiciones terminan y es necesario que quede el documento para su estudio posterior. Paralelamente, en la Casa de Velázquez deben organizar un Centro de Investigación y Documentación sobre Arte Contemporáneo. Creo que Sevilla necesita una buena biblioteca de libros y revistas de Arte, siempre difíciles de conseguir y muy caras. El Centro debería facilitar a todo el mundo el acceso gratuito a ese material. Esta mañana he tenido un coloquio muy interesante con los alumnos de la Escuela de Bellas Artes. Han venido alrededor de doscientos, haciendo preguntas a veces increíbles. Las dos conclusiones más claras eran: Primero, que había una hostilidad hacia la Escuela de Bellas Artes, en cuanto a los métodos de enseñanza, la mayoría de los pro-

fesores, etcétera. Y, segundo, que necesitan una información. La Casa de Velázquez debe echar una mano en este aspecto tan fundamental.

«En Sevilla acaba de hacerse un esfuerzo extraordinario. La casa estaba en ruinas. Se ha respetado el aspecto humilde de su fachada, se han recuperado en el interior los espacios fundamentales y se ha creado un ambiente muy propicio para que la obra plástica pueda mostrarse y para vivir como una ventana abierta a un mundo desconocido.

«La Casa de Velázquez podría cumplir una misión muy importante, convertida en un intermedio entre lo que significa un Museo de Arte Moderno, que no está logrado prácticamente en ninguna ciudad del mundo, y la Galería de Arte, constreñida por su función meramente especulativa y comercial. Podría ser algo parecido al Museo de Amsterdam, por ejemplo, en un país con socialismo de tipo capitalista, para entendernos, donde las Galerías apenas pueden vivir. El Museo de Amsterdam realiza su labor en diversos terrenos. No sólo en el de las artes plásticas, sino en el del cine, la música, etcétera.

«Hay exposiciones de prestigio y exposiciones de búsqueda o ayuda. No sé cómo se planteará el Centro esto último, pero sería fundamental que se dieran exposiciones destinadas a mostrar la investigación, las aportaciones últimas no sólo de los pintores sevillanos, sino de toda la Península. Aunque ese es un problema difícil.

«Como experiencia personal, lo que me ha sorprendido e inquietado, después de varios días de exposición, es comprobar que se me ve como una especie de mito. Yo he luchado toda mi vida en contra de esto y me plantea problemas morales y de todo tipo muy graves. Es difícil hablar con la gente cuando te sitúa históricamente y te pregunta lo que hiciste diez años atrás en El Paso o veinte años atrás cuando empezaste. Es terrible. Aunque no sólo me ha pasado en Sevilla, sino en España en general, cada vez que vengo del extranjero, donde habitualmente vivo, o aparezco después de esconderme en el trabajo. Es un fenómeno que me envejece.

(Saura se pasa muchas horas en la Casa de Velázquez, institucionalizado por el valor de su pintura, y, paradójicamente, también por ella a salvo de cualquier institucionalización. Cuando puede, abandona la calle de las Gorgojas y recorre los rincones barrocos y populares de Sevilla, sin agotar jamás su asombro ante el mundo plástico de la Macarena o Jesús del Gran Poder... ¿Qué diálogo no se adivina entre la pintura de Saura y el carácter específico de la religión sevillana?) ■

JOSE MONLEÓN.